En 2013 se cumplen **50 años** del Movimiento de Chiara Lubich en el continente

El focolar africano

Todo surgió en Fontem, una diminuta aldea en el sudeste de Camerún, donde el pueblo bangwa se sentía abandonado de Dios. Primero fue el hospital, luego el colegio y, por último, la iglesia. Ahora la actividad se extiende por una decena de países del continente.

POR **FRANCO LOMBARDO**

A la derecha, fiesta como final del luto que los bangwa dedicaron a Chiara Lubich. Arriba, la fundadora de los Focolares, saluda a dos africanos.

Shisong, una de las regiones del sudeste de Camerún, 13 de febrero de 1963. Aquí comienza la historia del Movimiento de los Focolares en África. Comienza con tres médicos, Nicasio, Lucio y Danilo. Unos meses después llegan tres enfermeras, Rita, Anny y Giuseppina, una pareja de focolares recién casados, Rosa y Cosimo Calò —enfermera ella y médico él—, y un obispo de nacionalidad holandesa, Mons. Julius Peeters, entonces titular de la diócesis de Buea (Camerún).

El obispo, que tenía un ligero conocimiento de la espiritualidad focolar, se encontró con la fundadora del movimiento, Chiara Lubich, en Roma, con ocasión del Concilio Vaticano II. En la conversación que mantuvieron, el prelado le trasladó el drama de su pueblo, los bangwa, en su mayor parte animista, con una gran dignidad, moralmente muy sano y rico en valores, pero severamente diezmado por las enfermedades. De hecho, el 98 por ciento de los niños, moría en el primer año de vida.

Desesperados por la situación, aquellos africanos se preguntaban por qué Dios los había abandonado. "Porque no rezamos", fue la respuesta que se dieron. Entonces, puestos de acuerdo todos, decidieron orar durante un año entero: "¡Quién sabe si Dios se acordará de nosotros!".

Oraron, día tras día, todo el año. Pero sin frutos. Sin dejarse invadir por el desaliento, los pocos cristianos presentes se dirigieron de nuevo al pueblo: "Dios no ha escuchado nuestras peticiones porque no hemos orado lo suficiente. ¡Oremos otro año entero!"

Pasaron otro año en oración. Pero no ocurrió nada. Entonces surgieron más preguntas: "¿Por qué Dios nos ha abandonado? ¿Por qué no valen nada ante Dios nuestras peticiones? Somos demasiado malos. Hagamos una colecta, recojamos dinero y mandémoslo al obispo para que haga orar a otra etnia más digna que la nuestra, para que Dios tenga piedad de nosotros".

Mons. Peeters, al tener conocimiento del hecho se conmovió. Comenzó a interesarse por su situación y les prometió un hospital. Pasaron tres años más y finalmente llegó un grupo de focolares a Shisong. Después se establecieron en Fontem alojándose en una choza y com-

partiendo por completo la vida de los bangwa. Estos vieron inmediatamente la respuesta de Dios a sus continuas plegarias, hasta el punto de que a los focolares se les llamó "los hombres de Dios".

En Fontem, en plena selva, los focolares comenzaron el servicio médico. No eran verdaderos dispensarios. Sería más propio denominarlos *dispensarios a cielo abierto*. Una mesita, una silla, una tabla de madera como camilla, mantas que sirven de sábanas... Uno de los primeros focolares, Cosimo Calò, lo dejó claro entonces: "Lo que sí comprendí en cuanto llegamos allí es que de nada sirve hablar. Lo único que sirve es arremangarse y actuar".

Acudían a ellos numerosísimas personas necesitadas de curación. Muy pronto descubrieron que el dispensario era inadecuado, por lo que era necesario elaborar un proyecto para construir un hospital. Aunque era fácil decirlo, se trataba de llevar a cabo esta tarea sin medios y sin materiales. La empresa era ardua. El pueblo bangwa quería colaborar, y se pusieron a la búsqueda de los materiales necesarios, hasta el punto de que en pocas semanas se terminaron los cimientos del primer edificio del hospital. La estructura se finalizó gracias a una gran colecta de fondos puesta en marcha en todo el continente por los jóvenes del Movimiento de los Focolares.

Como consecuencia de las sucesivas ampliaciones, el hospital se ha ido desarrollando de forma constante a lo largo de los años y ha sido dotado de equipación y tecnología cada vez más moderna. Hoy se presenta como una institución muy eficiente, con capacidad para responder a las exigencias sanitarias de una población muy extensa, no solo de los bangwa. Lo que caracteriza al hospital, y permanece sin cambio a lo largo de los años, es la relación con los pacientes. Ahora, igual que ocurrió en los comienzos, el enfermo no es un caso clínico, no es un cliente-paciente, sino una persona a la que hay que amar.

Casi al mismo tiempo que el hospital, surgió una central hidroeléctrica, indispensable para hacer funcionar los equipos hospitalarios. Las familias bangwa estaban fascinadas por esta fuente de vida. Las posibilidades que brindaba eran tan grandes que muchos construyeron allí su propio domicilio, mientras que aquellos que se vieron obligados a emigrar en tiempos pasados, comenzaron a retornar. Los trabajos de construcción impulsaron labores artesanales como la carpintería, o determinados oficios mecánicos. Las actividades tradicionales de los bangwa, ligadas a la extracción del aceite de palma, conocieron un verdadero desarrollo con la mecanización de los procesos. A la vuelta de pocos años, lo que amenazaba con transformarse en un valle desierto, tomó el aspecto de un pueblo lleno de vida.

Protagonistas de su historia

El propósito de los focolares, desde su llegada, fue poner a los bangwa en condiciones de gestionar su futuro en primera persona. Por esto, uno de los objetivos prioritarios fue la colaboración en el campo de la educación, con la construcción de un colegio y de una escuela residencial para 400 alumnos en la que poder completar un ciclo formativo de cinco años. Los estudiantes proceden de

Rosa y Cosimo Calò, los pioneros

Rosa y Cosimo Calò fueron a África como familia focolar al servicio del Movimiento. Es la primera de una serie de familias que se han trasladado, desde entonces, a los distintos continentes. Rosa tenía 24 años y Cosimo estaba a punto de cumplir los 37. Se habían casado en marzo de 1965 y partieron a Camerún el 14 de mayo del mismo año. Su destino era el valle de Mbembe, donde inicialmente se pensaba que podría surgir un centro para el Movimiento.

En junio de 1965 Chiara Lubich llegó a Duala. El matrimonio Calò le contó las dificultades y esperanzas de aquellas primeras semanas. En concreto le dijeron que en el valle de Mbembe no podía nacer un centro, porque no había suficientes recursos y también porque el lugar estaba lejos de todos los demás poblados. Con carreteras impracticables, solo se podía llegar a pie después de horas atravesando la selva. Chiara pidió entonces a Rosa y Cosimo que se trasladasen a Fontem, lugar en el que tres médicos focolares trabajaban ya desde hacía un año en una comunidad incipiente.

La presencia de Rosa y Cosimo fue un gran apoyo en aquellos primeros años de actividad. Dieron estabilidad al proyecto, pero también ayudaron personalmente al resto de focolares presentes en la comunidad. En 1966 Chiara llegó a Fontem para colocar la primera piedra del futuro centro del movimiento. El deseo de Chiara era poner en marcha un centro focolar que fuera como un faro luminoso para toda África. Pero quería que todo se hiciera bien y con el apoyo del obispo de la diócesis.

Para la fundadora, era muy importante poner en marcha el centro y, una vez comenzado el trabajo, se podía dejar que otros lo gestionasen. Los Calò se quedaron en Camerún hasta julio de 1967, cambiando a menudo su lugar de trabajo, rotando de un dispensario a otro. En este período nacieron sus dos primeros hijos. Leonardo vio la luz en Njinikom; y Pablo, el segundo, abrió sus ojos en Shisong. Tras el nacimiento de este, la familia retornó a Italia.

En Italia, Cosimo trabajó al principio en un hospital y luego, a tiempo completo, para el Movimiento de los Focolares. Murió inesperadamente en 1992. De él dirá Chiara Lubich: "No he encontrado a nadie como Cosimo, tan sin medida. Perdía las noches, perdía los días… A veces no comía, dormía en un sofá (junto al paciente al que tenía que asistir), y esto lo hacía con todos. Si tuviera que definir a Cosimo diría que era la medida del amor, la medida de la desmesura".

toda la zona, pero también del resto de Camerún. Algunos emigrantes bangwa envían a sus hijos a estudiar allí, incluso, desde Estados Unidos e Inglaterra. Hoy muchos antiguos alumnos ocupan puestos de responsabilidad en el país.

Pero desde el principio se echaba en falta un lugar para celebrar la Eucaristía. Se habían construido el hospital, los laboratorios, el colegio... ¿Y la iglesia? No debe asombrar que no aparezca entre las primeras obras realizadas en Fontem, ya que el estilo de evangelización de los focolares hace que el testimonio vaya por delante del anuncio.

Arriba, imagen del colegio y el hospital en la localidad de Fontem (Camerún). Abajo, Rosa y Cosimo Calò con uno de sus hijos.

Martin Nkafu, el primer focolar bangwa cuenta con asombro que "ningún focolar de los que llegaron a Fontem se puso a hablar del cristianismo. Ha sido suficiente su testimonio de vida cristiana para suscitar en nosotros el deseo de abrazar la fe".

Así pues, en el corazón de Fontem, convertida desde entonces en una pequeña ciudad, los bangwa —incluso los no cristianos— decidieron construir una iglesia. Y así surgió la parroquia de Santa Clara, hoy centro de una intensa actividad pastoral, y lugar donde todos los años cristalizan numerosas conversiones al cristianismo.

Lubich, antepasado de los bangwa

"Para nosotros, la de Fontem es una experiencia única. Nos ha parecido que revivíamos el desarrollo de la Iglesia de los orígenes, cuando el cristianismo era aceptado por todos en su integridad, sin limitaciones ni compromisos", dijo en una ocasión la fundadora de los Focolares, Chiara Lubich, fallecida en marzo de 2008.

En su último viaje a Fontem, fruto de este camino conjunto emprendido décadas atrás, los bangwa la llamaron Chiara Mafua Ndem, que podría traducirse como *Reina enviada por Dios.* Hoy la fundadora del movimiento focolar es considerada como uno de los antepasados del pueblo y, por ello, digna de ser recordada e invocada.

La experiencia camerunesa se difundió muy pronto por otras comunidades africanas como Guinea, Ruanda, Uganda o la República Democrática de Congo, y Fontem, el primer centro focolar en el continente, se ha convertido en un lugar de referencia para la evangelización. Con el nacimiento de las diferentes comunidades se ha arraigado en África ese espíritu de familia en el que se ponen en común incluso las necesidades.

En el continente han nacido además programas sociales, escuelas y centros sanitarios: desde el colegio y el hospital en Fontem, hasta asilos, escuelas primarias y programas extraescolares en Camerún, Nigeria, Tanzania, Burkina Faso, Kenia o Costa de Marfil. En tierras marfileñas, Uganda o R. D. de Congo se han promovido centros médicos, mientras que otras actividades para combatir la malnutrición de la población, diversos proyectos agrícolas o iniciativas para formar a los jóvenes en diversos oficios se han puesto en marcha en Sudáfrica, Camerún o Nigeria. Un largo elenco de propuestas cuyo origen se sitúa, hace 50 años, en el sudeste de Camerún.

Rosa, ¿cuál fue tu primera impresión al llegar a África?

En realidad me acuerdo de dos cosas: en las grandes ciudades nos encontramos frente a una imitación de Europa pero en negativo, es decir, grandes negocios para quien podía permitirse comprar, y muchos pobres de todas las edades, en chabolas improvisadas. Esta desigualdad nos sorprendió negativamente. Frente a eso, en la selva todos eran iguales, todos tenían un pedazo de tierra para cultivar y extraer lo necesario para vivir. Es cierto que no se podía hablar de buena calidad de vida, porque había desnutrición, faltaba el agua potable, con la inevitable proliferación de enfermedades. Nosotros hervíamos el agua y luego la filtrábamos, pero la selva tenía una fascinación positiva porque reflejaba la creación.

¿Qué os pidió Chiara cuando fue a Fontem?

Fue un encuentro memorable. Para nosotros, su primera visita fue una gracia. Comprendimos el sentido pleno de nuestra presencia allí. Chiara quiso hablar con nosotros tanto individualmente como en grupo. Teníamos que estar en África para ayudar a la población en sus necesidades y luego para difundir el ideal de la unidad en toda África, con nuestro testimonio, con nuestra manera de vivir. No debíamos hacer discursos, conferencias. Pero sí ser, con nuestra presencia, un testimonio vivo de Jesús en medio de aquel pueblo.

Con la distancia de los años, ¿qué recuerdas de aquellas personas y de aquel continente?

África ejerció en nosotros una fascinación muy positiva, con una gran belleza en la naturaleza y en las personas. Y luego, los niños son de una belleza única, y de tal sencillez que hacían volver a mi mente los episodios del Evangelio en que Jesús habla de los pequeños. El pueblo africano nos acogió magníficamente; para ellos el médico era como un dios que les ayudaba a resolver todos sus problemas de salud. E incluso, cuando no conseguía arreglarlos, siempre era respetado y acreedor de agradecimiento por todo lo que había intentado hacer. El nacimiento de nuestros dos hijos para ellos fue una cosa extraordinaria: nunca habían visto nacer allí un niño blanco. Hicieron fiestas, las mujeres llevaban todo lo que tenían. Fue conmovedor.